

conservándose en todo perfecto hasta el día en que admitió en sí mismo la iniquidad (1).

Así, pues, en esta criatura tan elevada y perfecta pudo encontrarse, y de hecho se encontró, la iniquidad, aunque ningún agente exterior la provocase a rebelión. Pero su corazón se ensoberbeció, diciendo: «Dios soy yo, y estoy asentado en la cátedra de Dios en medio del mar» (2); «Subiré al cielo, ensalzaré mi solio sobre los astros de Dios..., seré semejante al Altísimo» (3). Basándose en estos textos misteriosos, la tradición cristiana admite que Dios manifestó a Lucifer su designio de crear la raza humana y de elevar a uno de sus miembros hasta la unión hipostática con la segunda Persona de la Santísima Trinidad; a esta revelación del misterio de la Encarnación sublevóse desde lo profundo de su ser espléndido el orgullo de Lucifer, que, contemplándose a sí mismo en sus perfecciones, no pudo sufrir que criatura alguna, excepto él, contrajese con Dios tan estrecha unión, y negándose a obedecer al mandato divino —que conocemos por San Pablo—, se declaró en rebeldía con respecto a Dios y enemigo encarnizado de la raza humana privilegiada.

El castigo siguió a la rebelión, y el que protegía a los otros en su amplitud poderosa fué precipitado desde el monte santo. El Señor le dijo: «Haré salir de en medio de ti un fuego que te devorará, y te convertiré en ceniza sobre la tierra, a la vista de cuantos tienen puestos sobre ti sus ojos» (5); «Serás arrojado al infierno, a lo profundo del lago» (6). Arrastrando consigo a numerosas legiones de ángeles, que vinieron a constituir su armada maldita y su tenebroso imperio, parece no tuvo descanso sino en el insaciable deseo de perjudicar los designios de Dios y oponerse a su bondadoso plan; mientras que el glorioso arcángel San Miguel y sus fieles escuadrones, acatando las disposiciones eternas del Altísimo, ansiaban secundar con todas sus fuerzas e inflamado fervor de caridad la obra divina por excelencia, que es la Encarnación del Verbo (7).

Ya sabemos cómo el demonio, envidioso de la felicidad de nuestros primeros padres, les incitó al pecado y consiguió muy a su gusto lo que deseaba; por eso afirma la Sagrada Escritura que «por la envidia del demonio entró la muerte en el mundo» (8). Desde aquel momento no ha cesado de combatir a los descendientes de Adán y de ponerles asechanzas; y si bien es verdad que, después de la venida de Nuestro Señor Jesucristo a la tierra y de su triunfo sobre Satanás, el imperio de éste ha disminuído mucho, no es menos cierto que todavía tenemos que luchar los cristianos en nuestra vida espiritual no sólo contra la carne y la sangre, sino también contra el poder de las tinieblas y los espíritus malignos, según enseña el apóstol San Pablo (9). Por su parte, San Pedro compara al demonio a un león rugiente, siempre en acecho, esperando la ocasión oportuna para devorarnos (10).

Si la Providencia divina permite estos ataques del demonio, es en virtud del principio general de que Dios gobierna las almas no sólo directamente, sino también por medio de causas segundas, dejando a las criaturas cierta libertad de acción. Por lo demás, avisados nos tiene de que debemos estar siempre en guarda, y envía para ayudarnos y protegernos a los ángeles buenos, en especial a nuestro ángel custodio, sin contar el auxilio constante de su divina gracia para quien de veras la pide. Aprovechando tales auxilios, triunfamos seguramente del demonio, nos fortalecemos en la virtud y adquirimos abundantes méritos para el cielo. Este admirable modo de proceder de la divina Providencia muéstranos claramente cuánto debe importarnos e interesarnos el asunto de nuestra vida espiritual y de nuestra santificación, puesto que el cielo y el infierno se interesan en ello, y que en derredor de nuestras almas se sostienen a veces rudos combates entre las potestades del cielo y del infierno, cuya finalidad es nada menos que nuestra salvación o condenación eterna.

Para mejor conseguir la victoria, veamos cuál